

Índice

Introducción:

Una <i>lectio</i> sobre la Sagrada Familia (Pier Giordano Cabra)	5
1. La genealogía según Mateo (Mt 1,1-17)	7
2. La genealogía según Lucas (Lc 3,23-38)	15
3. Los desposorios de María y José (Mt 1,16; Lc 1,26s).	23
4. La vocación de José (Mt 1,18-25)	29
5. El anuncio a María (Lc 1,26-38)	37
6. La visita a Isabel (Lc 1,39-56)	43
7. A Belén para el censo (Lc 2,1-5)	49
8. El nacimiento de Jesús (Lc 2,6s)	57
9. La adoración de los pastores (Lc 2,8-20)	63
10. La adoración de los magos (Mt 2,1-12)	69
11. La circuncisión de Jesús (Lc 2,21)	77

12. La imposición del nombre (Lc 2,21)	83
13. La presentación de Jesús en el templo (Lc 2,22-38)	91
14. Ida y vuelta a Egipto (Mt 2,13-21)	99
15. La vida en Nazaret (Mt 2,22s; Lc 2,39s)	105
16. Jesús se queda en el templo (Lc 2,41-50)	113
17. Los años «oscuros» de Jesús (Lc 2,51s)	119
18. El taller de José (Mt 13,53-58; Mc 6,1-6)	125
19. La «sagrada conversación» entre Jesús, María y José (Lc 2,39s; Mt 2,23)	133
20. La otra familia de Jesús (Mt 12,46-50; Lc 11,28)	141
21. La Sagrada Familia, icono de la Trinidad (Lc 1,26-38; Mt 1,18-21)	149

Introducción

Una *lectio* sobre la Sagrada Familia

La presencia de la Sagrada Familia –es decir, la familia formada por Jesús, María y José– en la piedad personal y comunitaria se ha visto comprometida en estos últimos tiempos por una serie de dificultades. En primer lugar, debemos hablar de la sospecha de devocionalismo.

A la sobriedad de los datos bíblicos se habría superpuesto una lujuriente literatura en la que se hizo posible decir muchas cosas, no todas ellas verificables, corriendo el riesgo de proyectar sobre la más santa de todas las familias de la tierra los más nobles pero también los más arbitrarios sentimientos y deseos.

Y no sólo eso, pues también las dificultades de interpretación que presentan los llamados «evangelios de la infancia» nos han hecho cautos a la hora de acercarnos a esta familia única.

Está, por último, el altísimo ideal representado por esta familia, que parece separarse cada vez más de la situación real en la que se encuentran las familias de hoy, a menudo en crisis; es un ideal tan diferente que parece imposible de proponer. Y así podríamos continuar con la enumeración de las dificultades.

Con todo, la Sagrada Familia pertenece al misterio de la encarnación: Dios se hizo hombre en una familia concreta (cf. Jn 1,14). La entrada del Hijo de Dios en el mundo, con su crecimiento, con sus largos años oscu-

ros, tuvo como protagonista a una familia humana, algo que no podemos olvidar o eludir. Todo lo que está relacionado con la vida del Salvador debemos contemplarlo, admirarlo e imitarlo, porque es un misterio de salvación. Ahora bien, el mejor modo de acercarnos a su familia es atenernos a los datos de la Escritura, que dice lo esencial para la comprensión de esta realidad salvífica. Si los llamados «evangelios de la infancia» son un compendio de todo el evangelio, la Sagrada Familia forma parte constitutiva del mismo (cf. Mt 1-2; Lc 1-2).

Podemos hablar así de «evangelio de la Sagrada Familia». Treinta años de vida de tres personas –María, José, Jesús– que compartieron palabras, hechos, silencios y trabajo cotidiano, constituyen experiencias que no siempre resulta fácil imaginar. Sin embargo, todo lo que los evangelios nos refieren sobre la Sagrada Familia de Nazaret nos hace pensar que su vida cotidiana fue la normal de cualquier familia de su tiempo, una existencia vivida en un clima de relaciones recíprocas y en un misterio de amor (cf. Mt 2,23; Lc 2,39).

Una *lectio divina* sobre los textos de la Escritura que tratan expresamente de la Sagrada Familia nos ayuda a una comprensión de lo que es esencial y necesario para iluminar tanto nuestra vida personal como la vida comunitaria a partir de la familia.

En este volumen, junto a una atenta exégesis de los fragmentos bíblicos y a reflexiones esenciales, presentamos páginas de la Tradición y textos que expresan el sentir de la Iglesia frente a este misterio. Nuestra intención es volver a proponer a la atención orante de los creyentes la familia terrena de Jesús, familia que no podemos dejar de redescubrir por su unicidad, que deriva del estrecho vínculo que la une con la vida cotidiana del Salvador, y por el carácter ejemplar que los misterios particulares de la vida de Cristo tienen para el cristiano.

Pier Giordano Cabra

1

La genealogía según Mateo (Mt 1,1-17)

LECTIO

¹ Genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán:

² Abrahán engendró a Isaac;
Isaac engendró a Jacob;
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.

³ Judá engendró, de Tamar,
a Farés y a Zara;

Farés engendró a Esrón;
Esrón engendró a Arán;

⁴ Arán engendró a Aminadab;
Aminadab engendró a Naasón;
Naasón engendró a Salmón.

⁵ Salmón engendró, de Rajab, a Booz;
Booz engendró, de Rut, a Obed;
Obed engendró a Jesé;

⁶ Jesé engendró al rey David.

David, de la mujer de Urías,
engendró a Salomón.

⁷ Salomón engendró a Roboán;
Roboán engendró a Abías;

Abías engendró a Asá;

⁸ Asá engendró a Josafat;
Josafat engendró a Jorán;

Jorán engendró a Ozías;

⁹ Ozías engendró a Joatán;

Joatán engendró a Acaz;

Acaz engendró a Ezequías;

¹⁰ Ezequías engendró a Manasés;

Manasés engendró a Amón;

Amón engendró a Josías.

¹¹ Josías engendró a Jeconías

y a sus hermanos

cuando la cautividad de Babilonia.

¹² Después de la cautividad de Babilonia,

Jeconías engendró a Salatiel;

Salatiel engendró a Zorobabel;

¹³ Zorobabel engendró a Abiud;

Abiud engendró a Eliaquín;

Eliaquín engendró a Azor;

¹⁴ Azor engendró a Sadoc;

Sadoc engendró a Ajín;

Ajín engendró a Eliud;

¹⁵ Eliud engendró a Eleazar;

Eleazar engendró a Matán;

Matán engendró a Jacob.

¹⁶ Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías.

¹⁷ Así pues, son catorce las generaciones desde Abrahán hasta David, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia, y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta el Mesías.

En la biografía de los grandes personajes no puede faltar su genealogía, que representa las raíces de la persona; en caso de que no exista esa genealogía, se califica a la persona de «hijo de nadie», aunque hoy sea algo que se pretende justificar. Mateo es plenamente consciente de ello en virtud de una doble exigencia: la de introducir dignamente al Salvador del mundo, «concebido por obra del Espíritu Santo», en la familia humana, y la de conectarlo con la raíz específica del «*hijo de David, hijo de Abrahán*» (v. 1). El primer evangelista escribe, en efecto, para una comunidad cristiana de origen judío que necesita el título de «*hijo de David*» para reconocer a Jesús, nacido de María, como Mesías (Cristo).

Mateo escribe precisamente la «*genealogía de Jesús, Mesías*» (v. 1). La divide en tres partes: desde Abrahán, el fundador del pueblo judío, depositario de las promesas, hasta David, al que se le califica de «*rey*» (v. 6); a

continuación, desde David hasta la deportación en Babilonia, que representa la ruptura de la antigua alianza; por último, desde la deportación en Babilonia hasta Jesús, que es el «sí» de las promesas de Dios. El número catorce, obtenido de la raíz más profunda, la primera parte, le sirve de medida para las otras dos, evidentemente artificiosas, aunque se las considera válidas desde el punto de vista jurídico para llegar a José, que es «*el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías*» (v. 16). Esta serie de nombres, que reúne a personajes célebres y oscuros, a justos y pecadores, es la humanidad en la que se inserta el Hijo de Dios, a fin de asumirla y transformarla. Del mismo modo que de una tierra oscura y sucia puede brotar una flor cándida e incontaminada, que nos llena de asombro, así esta genealogía singular se cierra con el nombre que supera a todos, el de Jesús, al que sirven de corona los nombres de sus «padres»: José, «*hijo de David*», y María.

MEDITATIO

La fidelidad de Dios. La cadena genealógica que Mateo presenta al comienzo de su evangelio tiene la finalidad de insertar a Jesús en la historia de la salvación. Su ascendencia davídica recuerda su carácter mesiánico.

A través de una lista de nombres se manifiesta, en primer lugar, la fidelidad de Dios, que a lo largo de los siglos y mediante personas más o menos cualificadas mantiene sus promesas. Existe también una tensión creciente que lleva la historia de la salvación hacia su plenitud y su consumación. El evangelista toma al principio como puntos de referencia a David y a Abrahán para resumir en cierto modo todo el Antiguo Testamento por lo que respecta a la espera mesiánica. Dios había prometido a David un hijo que reinaría eternamente en su trono, con justicia y equidad (2 Sm 7,12-16). Dios le

había prometido, todavía antes, a Abrahán una posteridad portadora de una bendición universal (Gn 12,3). La intención del evangelista es mostrar que Jesús, el Mesías, es la descendencia prometida y la realización de las promesas de Dios.

El camino mesiánico. La genealogía presentada por Mateo complementa la que ofrece Lucas: el nacimiento de Jesús del seno de María hace de él un verdadero hijo de Dios (Lucas), mientras que el matrimonio de María con José hace de Jesús el heredero legal de David (Mateo). Jesús reúne todas las condiciones para ser el rey de Israel. Ahora bien, como sabemos por los evangelios, la vida oculta de Jesús en Nazaret y la opción fundamental en las tentaciones del desierto le llevaron a emprender un mesiazgo despojado de toda reivindicación dinástica o política, para identificarse con la figura del «siervo de YHWH», y a adoptar las actitudes de humildad y firmeza, de proximidad a los débiles y pobres, y a la proclamación de la verdad, todo lo cual le condujo a morir en la cruz.

El discípulo de Jesús que lee el evangelio como buena noticia y cree que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, queda invitado desde el principio a seguir por el mismo camino, asumiendo las actitudes del Hijo de Dios hecho hombre.

ORATIO

Luz que brillas en las tinieblas,
nacida del seno de una Virgen,
despójanos de nuestra noche
y revístenos de tu claridad diurna.

María, tálamo de Dios,
implórale para que tus fieles,
no entenebrecidos ya por la culpa,
resplandezcan de virtudes.

Fulgentísimo Sol de justicia,
nacido de la santa Virgen,
ilumina con tu resplandor
las tinieblas de nuestra culpa.

Oh Señora, Madre castísima
del Sol que surge, haz
que desaparezca del todo la vida vieja
y se adelante la nueva.

Oh Señor benigno, a quien creemos
nacido de una Virgen,
que esta fe nos obtenga
la remisión de los pecados.

Sumo rey, nacido del útero
virginal de María,
purifícanos de los vicios
y adórnanos con santos méritos.

Sol naciente de un casto útero,
en este anochecer del mundo,
ilumínanos siempre y
no te ocultes por la noche.

Al nacer para nosotros de una casta
Madre, oh Día sin fin,
confórtanos con tu luz inagotable
y mantén alejada la noche de la culpa.

(Anselmo de Canterbury, citado en *Il Natale dei misti-
ci: pensieri sull'incarnazione*, Milán 2002, 73s).

CONTEMPLATIO

Pero ahora es necesario explicar por qué el evangelista no puso su genealogía, sino la de José. ¿Cuál fue el motivo? No entraba en las costumbres judías poner las genealogías de las mujeres. Por eso el evangelista, para ajustarse a semejante costumbre y no parecer que ya

desde el comienzo la quebrantaba, pero al mismo tiempo para declararnos el origen de la Virgen, calló sus progenitores y, en cambio, puso los de José. Si la hubiera puesto, no habría escapado a la nota de novelero; y si hubiera callado la genealogía de José, tampoco conoceríamos a los ancestros de la Virgen. Así pues, para que conociéramos quién era María y de quiénes nació, y al mismo tiempo para no quebrantar las leyes, refirió la genealogía del esposo de la Virgen y así demostró ser ésta descendiente de David. Pues una vez demostrado lo primero, juntamente quedaba demostrado que la Virgen traía su origen de la misma casa y familia, ya que, como dije, jamás hubiera querido aquel varón justo tomar esposa de otra familia.

Hay además otra razón más profunda y misteriosa de que se hayan pasado en silencio los progenitores de la Virgen, pero no es tan oportuno declararla aquí, porque ya bastante hemos dicho. Por lo mismo, dando por terminada, por hoy, la investigación, retengamos en la memoria lo explicado. Es a saber: por qué ante todo y en primer lugar se hizo mención de David; por qué el libro se tituló Libro de la genealogía; por qué se añadió de Jesucristo; por qué su generación es común con la nuestra y, sin embargo, es diferente; cómo se demuestra que María desciende de David; por qué, pasando en silencio a sus antepasados, se pone en cambio la genealogía de José. Si esto recordáis, haréis que nosotros con mayor prontitud entremos a tratar de lo que sigue (Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el evangelio de san Mateo*, homilía 2).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy esta Palabra:

«Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán...» (Mt 1,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si se nos pregunta por qué san Mateo describe la genealogía de san José y no la de María, siendo así que la primera no tenía relación esencial con la de Cristo, sino a lo más accidental, respondemos que esto pudo ser por tres motivos: primero, por la costumbre; segundo, por la cognación, y, tercero, por la unión.

Primero, por la costumbre de los hebreos y de las Santas Escrituras, las cuales no describen genealogía alguna por las hembras o madres, sino sólo por los varones o padres. Pero para el caso esta razón vale muy poco si no se corrobora con la siguiente.

Segundo, por la cognación, porque la Santísima Virgen y san José pertenecían a la misma tribu y familia, lo cual se puede probar por tres razones. Primera, porque el ángel, los apóstoles y los evangelistas llaman tanto a san José como a Cristo hijos de David. Segunda, porque, según la ley, las mujeres, sobre todo si eran herederas, como se cree que lo fue la bienaventurada Virgen, no podían casarse con varones que no fuesen de su tribu, familia y parentela en el grado lícito más próximo, como consta en el libro de los Números al hablar de las hijas de Saphat. Y como san José era justo, según lo testifica san Mateo, en manera alguna habría tomado a María por esposa si no fuesen ambos de una misma tribu. Tercera, porque, como consta en el evangelio de san Lucas, fueron ambos empadronados en Belén como procedentes naturalmente de una misma estirpe. Éstas son las razones que dan san Jerónimo y Fr. Nicolás de Lyra.

En tercer lugar, describe el evangelista la genealogía de san José y no la de la Virgen María a causa de la unión, esto es, para ensalzar el matrimonio de la Santísima Virgen y san José, bajo el cual nació Cristo; a saber, para manifestarnos que hubo tanta unidad y perfección en dicho sacramento que con razón se puede llamar a san José «padre de Jesucristo», y bajo cierto aspecto lo fue verdaderamente. Está la razón que aduce san Agustín, el cual dice, además, que en estos santísimos Padres se reunieron todos los bienes del matrimonio, que son la fe, la prole y el sacramento. La fe, porque se guardaron mutuamente es-

crupulosa fidelidad; la prole, porque fueron padres de nuestro Señor Jesucristo, y el sacramento, porque siempre permanecieron santamente unidos en el vínculo matrimonial (Bernardino de Siena, *Excelencias del glorioso patriarca san José*, Barcelona 1897, 23-26).